

Luis Antonio Eguiguren

(1887-1967)

Con profundo pesar, la Academia Nacional de la Historia lamenta la ausencia definitiva de su Numerario, el doctor Luis Antonio Eguiguren, cuya labor historiográfica con dificultad hallará parangón entre nuestros escritores contemporáneos. En el atardecer de su vida, cuando delicadas labores podían hacer suponer que absorbieran por completo su esfuerzo intelectual, el doctor Eguiguren multiplicó su diligencia y a lo largo del último cuarto de siglo acumuló una serie verdaderamente pasmosa de obras, muchas de las cuales constan de varios volúmenes. Era el fruto de años de paciente acopio de documentos, de manuscritos y de libros, en donde su espíritu zahorí supo descubrir datos y noticias de orden primordial para el mejor conocimiento de nuestro pasado. No es por cierto éste el momento más apropiado para ensayar una evaluación de todo lo que para el esclarecimiento de la Historia del Perú significa la vasta obra cumplida en este terreno por el dolor Eguiguren, porque son tantas las facetas que se ofrecen a nuestra consideración, que solamente intentarlo constituiría una extensa exposición de los numerosos problemas que merced a sus aportaciones han experimentado un nuevo planteamiento.

Su temprana vocación hacia el campo de los estudios históricos lo llevó, ya en 1910, a esbozar la semblanza del fundador de la Universidad de San Marcos. Esa fue la semilla de un frondoso árbol, cargado de nutridos textos relativos a las vicisitudes de la vieja universidad limeña. Nadie como él alcanzó a conocer los detalles de la historia de ese plantel, acerca del cual nos ha dejado un verdadero río documental, venero que no sólo brinda datos invaluable para los curiosos de aquel tema específico, sino para cuantos en general intenten abordar el panorama de la cultura virreinal. La lista de los títulos referidos a la cuatricentenaria Casa de Estudios es verdaderamente impresionante, y en sus páginas no sólo hay vertidas largas horas de trabajo en los archivos, sino que en todo instante relucen agudas apostillas y comentarios que convierten al frío texto en lectura vivaz.

La etapa de la Emancipación mereció asimismo el interés del doctor Eguiguren. Monografías y recopilaciones documentales versan tanto sobre Unánue, Rodríguez de Mendoza, Berindoaga, Sánchez Carrión, López Al-

dana o Pumacachua, como sobre Olaya, Mateo Silva y la cohorte de los revolucionarios de la segunda década del siglo pasado. Este mismo espíritu patriótico lo llevó a analizar diversos aspectos retrospectivos de la cuestión internacional entre el Perú y el Ecuador, zanjada en 1942.

Areas afines a las de su preferencia fueron también las de la Historia del Derecho virreinal, el análisis de la obra de los jesuitas en el Perú y como testimonio de su celo como archivero, nos dejó un sucinto inventario de los expedientes conservados en el Archivo Nacional, cuya dirección desempeñó un breve período. Asimismo, la pequeña historia de Lima recibió nuevas luces gracias a los dos jugosos volúmenes que sobre sus calles y las leyendas y curiosidades lugareñas publicara en 1945.

Pocos, en verdad, se habrán hecho tan acreedores como él al reconocimiento de cuantos cultivamos los estudios históricos en el Perú, puesto que su contribución a ella es sin exageración ciclópea, maciza y por su volumen de noticias de primera mano, resulta fuente indispensable para conocer aspectos sustanciales de nuestra evolución nacional.

La Academia Nacional de la Historia, al expresar su congoja por tan irreparable pérdida, espera confiada en que la Misericordia divina habrá otorgado al ilustre desaparecido la gracia de reunirse con las sombras gloriosas de aquellos por cuya fama volvió tantas veces la pluma el doctor Luis Antonio Eguiguren.

G. L. V.